

El documento a continuación, ha sido tomado de “Montaigne. Ensayos Completos”, editorial Porrúa, México, 1999, p.252-255. Para uso exclusivo de la materia **Comunicación Oral y Escrita I y II** de la Universidad ICESI.

Profesora: Andrea Rodríguez Mancera



(1533 – 1592)

“Les «Essais»,
definición y ejemplo
de un modo literario
de explicarse.”

DE LA VANIDAD DE LAS PALABRAS

Michel Eyquem de Montaigne

El siguiente extracto pertenece al Libro I, escrito posiblemente entre 1578-1580.

Un retórico de antaño decía que consistía su oficio «en hacer parecer grandes las cosas pequeñas», tal que un zapatero que aderezase zapatos grandes para un pie diminuto. En Esparta le hubieran azotado por profesar arte tan falso y mentiroso. Creo que fue Arquídamo, precisamente rey de Esparta, quien oyó con pasmo la respuesta de Tucídides cuando preguntaba a éste si era él o Pericles el más fuerte en la lucha. «Eso sería difícil de probar -dijo Tucídides-, porque cuando yo le hubiera derribado al suelo, él persuadiría a los espectadores de que no había caído y ganaría.» Quienes se ocupan en embellecer y cubrir de afeites a las mujeres no hacen tanto mal, porque poco se pierde con que no las veamos tales como son; pero, en cambio, los retóricos no sólo quieren engañar a nuestros ojos, sino a nuestro juicio, pretendiendo bastardear y corromper la esencia de las cosas. Las repúblicas que se mantuvieron en un estado regular y de sana política, como la cretense o la lacedemonia, dieron poca importancia a los oradores.

Aristón, discretamente, definía la retórica como «arte de embellecer y lisonjear». Y los que niegan esto como definición general, lo confirman luego en todos sus preceptos.

Los mahometanos prohíben que se instruya a sus hijos en la retórica por la inutilidad de esta disciplina; y los mismos atenienses, viendo lo pernicioso del uso de tal arte, que de tanto crédito gozaba en su ciudad, ordenaron que se suprimiera su parte principal, que era la que tendía a conmover los afectos, eliminando de paso los exordios y peroratas.

La retórica es instrumento inventado para manejar y agitar una turba y comunidad desordenadas, y sólo se emplea, como la medicina, en los Estados enfermos. Allí donde el vulgo, o los ignorantes, o todos, han alcanzado poco bien, y donde las cosas han estado en perpetua borrasca, cual Atenas, Rodas y Roma, siempre han afluido los oradores. Y, en verdad, se ven en esas repúblicas pocos personajes que se elevaran sin auxilio de la oratoria. Pompeyo, César, Craso, Lúculo, Léntulo, Metelo, tomaron en la elocuencia gran apoyo para llegar a la autoridad que alcanzaron, e incluso usaron de ella más que de las armas contra la opinión que fue corriente en mejores tiempos. F. Volumnio hablando, en las elecciones consulares en favor de Q. Fabio y P. Decio, decía así: «Son hombres expertos en la guerra

y grandes en los actos; y toscos en los combates verbales; espíritus verdaderamente consulares. Porque los sutiles, elocuentes y sabios son buenos para la ciudad y para hacer justicia como pretores.»

La elocuencia floreció más en Roma cuando las cosas andaban peor y cuando el huracán de la guerra civil las agitaba, del mismo modo que en un campo libre y sin cultivo las hierbas brotan más lozanas. Parece que los sistemas dependientes de un monarca necesitan menos de la elocuencia que los otros; porque entre la gente común reina más necedad y facilidad, y por tanto más inclinación a dejarse manejar por palabras gratas al oído, sin conocer y ponderar la verdad de las cosas por fuerza de razón. En cambio, donde rige uno solo es más hacedero que se garantice, con buena educación y buen consejo, contra la impresión de la oratoria. Ni de Macedonia ni de Persia vemos que saliera ningún orador de renombre.

He hablado de todo esto a propósito de un italiano con el que hace poco he departido, y que sirvió de maestresala al cardenal Caraffa hasta la muerte de éste. Le induje a que me contara cosas de su cargo, y me pronunció un discurso sobre la ciencia del paladar, con gravedad y talante magistrales, como si platicara sobre algún gran extremo de teología. Descifré una vasta diferencia, como el del que practica ayuno y sólo empieza a comer tras el segundo o tercer servicio. Asimismo me detalló los medios de agrandar el paladar, ora simplemente, ora despertándolo y estimulándolo; el aderezo de las salsas, primero en general y luego particularizando las calidades de los ingredientes y efectos; las distinciones de las ensaladas según la época y sazón, y cuáles deben servirse calientes y cuáles frías; la manera, en fin, de ornar y embellecer los platos, para hacerlos agradables incluso a la vista. Luego entró en el orden del servicio, extendiéndose en hermosas e importantes consideraciones:

¹ Que no es cosa menuda distinguir entre cómo ha de servirse una liebre y cómo una gallina (Juvenal, Sát., V, 123).

² Esto está salado en exceso; esto quemado; esto no tiene suficiente gusto; esto está bien: acordaos de hacérmelo otra vez igual. Siempre les aconsejo tan bien como puedo, según mi entender. En fin, Demea, les exhorto a que se miren en la vajilla como en un espejo y adviértoles de cuanto deben hacer (Terencio, *Adelph.*, acto III, ese. 3, v. 71).

*Nec minimo sane discrimine refert,
 Quo gestu lepores, et quo gallina secetur.* ¹

Todo ello henchido de ricas y magníficas frases, iguales a las que se emplean para tratar del gobierno de un imperio. Me acordé de aquello:

*Hoc salsum est, hoc aductum est, hoc lautum est parum.
 Illud recte; iterum sic memento: sedulo
 Moneo, quae possum, pro mea sapientia.
 Postremo, tanquam in speculum, in patinas, Demea.
 Inspicere jubeo, et moneo, quid tacto usus sit.* ²

Los mismos griegos alabaron mucho el orden y disposición que Paulo Emilio observó en el festín que les dio al retorno de Macedonia. Pero aquí no me refiero a los hechos, sino a las palabras.

No sé si a los demás les pasa lo que a mí, pero siempre que oigo a los arquitectos emplear esas palabras grandilocuentes de pilastras, arquivadas, cornisas, y estilo corintio y dórico, con otra semejantes de su jerga, en el acto mi imaginación me lleva al palacio de Apolidón; y luego vengo a descubrir que todo aquello son las piezas más villanas de la puerta de mi cocina.

Oír decir metonimia, metáfora, alegoría, y análogos nombre de la gramática, ¿no hace pensar que significa alguna forma de lenguaje raro y peregrino? Sin embargo, son términos que afectan a la cháchara de vuestra moza de servicio.

Engaño semejante a éste es el nombrar los cargos de nuestro Estado con los soberbios títulos de los romanos, aunque no se les parezcan en nada por lo que afecta al empleo, y menos aún por la autoridad y el poderío. Y creo que un día servirá de censura a nuestro siglo el que hayamos aplicado indignamente, a quien nos parece bien, los más gloriosos sobrenombres con que la antigüedad honraba a uno o dos personajes en varios siglos. Platón ganó el sobrenombre de «Divino» por asenso universal que nadie ha osado disputarle; mas los italianos, que se jactan, con razón, de tener comúnmente el espíritu más despierto, y el discurso más sano que las otras naciones contemporáneas, acaban de dar igual apodo al Aretino. Empero en éste no veo yo nada que le aventaje sobre los ordinarios autores de su siglo, a no ser una manera de hablar ampulosa y una gran abundancia de ocurrencias que, aunque ingeniosas en verdad, son muy rebuscadas y fantásticas. En suma, hallo en él elocuencia, sea la que fuere, y nada más. No obstante, quieren acercarle a aquel antiguo y divino personaje. También adscribimos el aditamento de «Grande» a príncipes que no tienen nada por encima de la grandeza común.